

✠ Biblia Pauperum ✠

En muchas casas cristianas hay en alguna parte una Biblia. Pero sólo ocasionalmente se abre y se lee, no porque las personas sean analfabetas, sino por falta de tiempo, instrucción y familiaridad. En las mismas casas también hay a menudo representaciones religiosas –un crucifijo o reproducciones de la Madre de Dios, de otros santos o del Corazón de Jesús. Éstas, por el contrario, acompañan la vida de los habitantes de la casa, forman parte de la decoración y proporcionan una sensación de tradición. Tales representaciones tienen una función semejante a la de los textos bíblicos, pues recuerdan a personas y acontecimientos de la historia de salvación, pero esto lo hacen de forma plástica, orientada hacia la belleza, que posibilita la comprensión a todos

los espectadores. Aún cuando sean de poca calidad, son destello de una herencia visual sumamente variada, es decir, de la inconmensurable galería de los maestros de todas las épocas, que nosotros refundimos con la expresión “arte sacro cristiano”. Su misión en el marco de la Iglesia universal era comparable con la de los crucifijos y grabados de la casa familiar. Los luminosos mosaicos de las basílicas paleocristianas, los frescos en las iglesias monásticas, los cuadros de gran formato en madera o lienzo sobre los altares, las estatuas en y delante de los lugares de culto, las obras de forja en oro y plata y las vestiduras bordadas para las liturgias festivas: todos estos tesoros servían para la enseñanza e inspiración, para poner de manifiesto las *magnalia Dei* y para la documentación de las respuestas del ser humano a los impulsos de Dios. En cierto modo así surgió un libro –una Biblia de imágenes– que se puso en las manos de los creyentes.

Esta *Biblia Pauperum* no fue en absoluto pensada sólo para los analfabetos y los niños, aunque tanto los unos como los otros hoy como antes se cuentan entre sus beneficiarios. En los casi dos mil años de existencia del arte en la Iglesia surgió más bien mediante adultos, con frecuencia bien formados, incluso comitentes eruditos, y los “pobres”, a los que alude la denominación tradicional, no son quizás los necesitados (aunque ellos tuvieron acceso en todas las épocas a los tesoros artísticos de la Iglesia), sino los “pobres en el espíritu”, a los que Jesús promete el Reino de los cielos en el Sermón de la Montaña (Mt 5,3). El arte religioso, que a menudo visualiza este Reino, está pensado para los “pequeños”, cuya existencia Cristo agradeció a Dios con las siguientes palabras: “Yo te bendigo Padre del cielo y de la tierra porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues así te ha parecido bien” (Lc 10,21; Mt 11,25-27).

No hay contradicción entre esta declaración y el hecho de que muchos comitentes fueran personas formadas e incluso eruditas, pues en el cristianismo incluso el erudito es llamado a convertirse y llegar a ser como un niño, para poder entrar en el Reino de los cielos (Mt 18,3). De hecho, Jesús exhorta a sus oyentes: “¡Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños, porque yo os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18,10). Como toda manifestación creativa del ingenio humano, también el arte sacro encierra un elemento lúdico, a veces poco

apreciado por su relevante contenido. Incluso el proceso de simplificación, al que está sometida la palabra mediante la representación, se manifiesta como “benevolencia” divina y la atractiva belleza de las imágenes como una invitación a contemplar junto con los ángeles en el cielo “el rostro del Padre”.

Ahora se necesita una primera precisión: La unión entre la Biblia escrita y la *Biblia de los pobres* en imágenes consiste no sólo en que el arte cristiano ilustra y evoca normalmente los textos sagrados, sino en el objetivo conjunto de ambas formas bíblicas: hacer visible a Dios. Así llegamos a la segunda precisión: Por consiguiente, si la meta definitiva es la “visión de Dios” –es decir, la experiencia calificada como *visio beatifica* – entonces la imagen es un medio especialmente adecuado, ya que anticipa la dimensión contemplativa de la vocación última del ser humano. Además el arte es un medio particularmente cristiano, pues Cristo es la “imagen del Dios invisible, como está escrito en el Nuevo Testamento (Col 1,15). Es cierto que en el Evangelio de Juan, Él es denominado como “Logos” (Palabra), pero se trata de una Palabra “que se hizo carne y habitó entre nosotros”, para que “nosotros veamos su gloria, la gloria del Hijo Único del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14).

Otro texto de la Biblia habla igualmente del paso de la palabra a algo visible: “Muchas veces y de muchas formas habló Dios a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo, por quien también creó el mundo; el cual es destello de su gloria e imagen de su esencia” (Hb 1,1-3a). Las claves “destello” e “imagen” tienen que ver con el sentido de la vista y del tacto y sugieren que el cristianismo entendió la Encarnación física del Hijo desde el principio como superación de una cultura religiosa compuesta sólo de palabras.

Las citas mencionadas más arriba aclaran además la relación muy singular entre Cristo, la Palabra que se encarnó, para ser imagen del Dios invisible y las representaciones (pinturas, esculturas, miniaturas, vidrieras, obras en marfil y metal) hechas por los seres humanos, que hablan de Dios. Se trata de una única relación en la historia de la religión, pues mientras en otros sistemas de creencias el arte contiene puntos esenciales divergentes, interpretados de otro modo, en el cristianismo el arte –según su esencia– conduce al núcleo de la fe: Paradoja de un Dios espiritual, que también se quisiera manifestar de forma material:

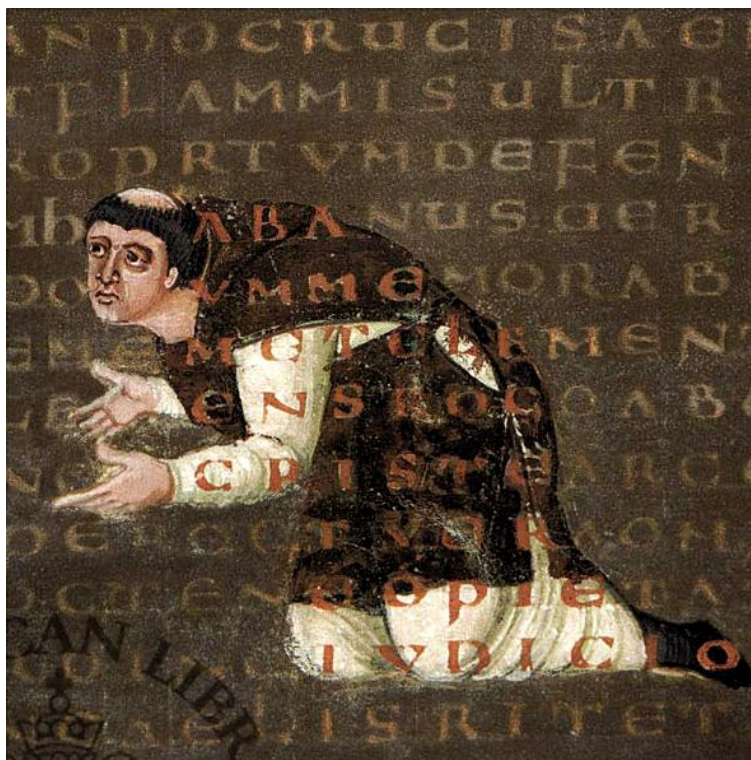
“En el pasado no se podía hacer de ningún modo una imagen de un Dios incorpóreo sin contornos físicos”, señala el más eminente defensor de las imágenes cristianas, S. Juan Damasceno, en referencia a la prohibición veterotestamentaria de toda representación de la divinidad. “Pero ahora se vio a Dios encarnado y se instaló entre los seres humanos”, continúa escribiendo, “así que es lícito hacer imágenes de aquello que ya fue visto de Dios.” El autor, como cristiano nacido en el entonces musulmán Damasco, escribe en el contexto de la prohibición de imágenes, decretada por el Emperador bizantino iconoclasta León III en el año 730 y confirma el nexo entre la Encarnación del Logos y la utilización de imágenes (naturalmente y de forma especial las que representan al propio Cristo).

La imagen refuerza la palabra de la Biblia

Según la concepción cristiana una imagen no debe substituir a la Palabra, sino reforzarla. Especialmente interesante en este sentido es la primera ilustración de una colección de poesías figurativas, que en los comienzos del siglo IX –por consiguiente, sólo pocas décadas después de las declaraciones de Juan Damasceno– surgió en Centro Europa. La obra se denomina *De laudibus sanctae crucis*, y una copia está dedicada al emperador Ludovico Pío, hijo de Carlomagno. La imagen muestra a Jesús con los brazos extendidos (fig 1, pág. 12). El cuerpo se compone de fragmentos de un texto de Rabano Mauro, está formado, por así decirlo, como se contemplaba el verdadero acto de la Encarnación, el proceso por el que la Palabra toma carne. No se trata de una composición fortuita de imagen y palabra, sino que se denomina *carmen figuratum* (poesía visual): una imagen textual, en la que la posición de cada una de las letras y de parte de la frase está calculada en el campo visual de modo que por el trazado, letras que se resaltan forman palabras y frases, que explican la imagen. En un *carmen figuratum* lo representado no tiene sentido pleno sin las palabras que forman la imagen, las cuales, por su parte, sin la imagen son carentes de sentido.

Rabano Mauro le ha dado a la antología una impronta muy personal; ocupa una miniatura y actúa como el propio autor de aquel *carmen figuratum*: él se arrodilla ante una Cruz y las letras sobre su cuerpo forman la oración: RABANUM MEMET CLEMENS ROGO CHRISTE TUERE O PIE IUDICIO –“Yo

te ruego, Cristo misericordioso, que me trates a mí, Rabano Mauro, en el juicio con piedad.”



En cambio la imagen de la fig. 1, la primera de la serie es más teológica, puesto que remite a Cristo, “Palabra de Vida” (1Jn 1,1) con un cuerpo destinado a la muerte – como si la experiencia vital ascético-monástica del autor le hubiera inspirado imaginarse la Encarnación sobre todo en la perspectiva de la Cruz. La imagen está basada en un jugueteo intelectual con raíces teológicas, con lo cual estaríamos de nuevo en la dimensión lúdica del arte arriba citada. Pero el verdadero contexto del *ludus* (juego) cristiano no es el estudio sino la liturgia como la manifestación creativa suprema de la Iglesia y de hecho las obras artísticas más importantes están destinadas a ella.

Timothy Verdon

Notas de la traducción:

- ✦ Rabano Mauro (780-856) fue elegido el 15 de junio de 822 Abad de la Abadía Imperial benedictina de Fulda, donde entonces había alrededor de 600 monjes.
- ✦ En el año 847, con 67 años, fue nombrado Arzobispo de Maguncia.
- ✦ Hacia el año 810 redactó *De laudibus sanctae crucis*.
- ✦ Una copia de este manuscrito, que está en Paris, en la Biblioteca Nacional de Francia, fue dedicada al Emperador Ludovico Pío.

www.vacarparacon-siderar.es